

## Deportada

### *El Miedo*

Entre todos los males, el más devastador fue el miedo.

El hombre común hace una mueca: ¿el Miedo? El valor lo derrota. Por supuesto. Eso mismo se repetía quien había medido su valor en combates humanos, en una tierra aparentemente comprensible.

Allí nos dimos cuenta de que el valor sólo significaba algo para la gente bien plantada en el mundo.

¿Tenía sentido en Auschwitz el valor contra el *maëlström* que lo engulle a uno? ¿Contra la demencia que se apodera de uno?

Ese miedo no era explícitamente miedo a la muerte. En verdad, la muerte no es tan terrible. Antes bien, era el Miedo sin nombre. Afloraba a la llegada. Apenas se entraba al universo concentracionario, se sabía que todo acababa de romperse, que la vida anterior acababa de desvanecerse y que sola, desnuda, nacida del instante, cegada por los proyectores, los gritos, los golpes siempre más certeros, había que abismarse en una enorme y estridente demencia, cuya faceta grotesca atizaba aún más el horror.

Mi compañera pregunta a dónde llevaron a su madre y a su hermana, de quienes la separaron a la bajada del tren. Le contestan entre risas: “están ardiendo”. Ella no entiende e insiste. Le dan de golpes. Otra presa es quien le da los golpes.

La razón enloquece. Le faltan sus puntos de apoyo. La gente de aquí, para quien carecemos de misterio, parece dotada de una sensibilidad y una lógica distintas a las nuestras. ¿En dónde estamos? Entrevemos un mundo: desconocido, imposible de conocer, que, sin embargo, nos incluye y dispone de nosotros.

El ser se desmembra.

En ese momento, en la debacle, es cuando se erige el miedo. Uno siente que brota de adentro, como si hubiese llegado la hora que siempre había estado esperando, agazapado en las entrañas.

El miedo original. El del niño cuando llega al mundo. El desconocido que se reconoce. La carne se estremece toda al reconocerlo como el caballo, al paso de la muerte.

*Las circunstancias sólo son difíciles para quien retrocede ante la muerte*

*Saint-Just*

Las condiciones de vida producían estragos físicos y psíquicos, volvían a los seres insensibles, sumarios, brutales. Pero la devastación de los corazones dependía de la reacción frente a la muerte.

Los seres perdían en la medida en que el pánico los precipitaba hacia la oportunidad de sobrevivir como si los empujara hacia la salida de una sala incendiada. La experiencia de Auschwitz demostró que éstos no sobrevivieron mejor que otros. Incluso en la práctica, el método es inconsistente. Cuanto más se abalanzaban sobre la vida a cualquier precio y más se perdían, se vaciaban de lo humano; mejor aún, se convertían en la morada de una bestia inmunda y la noche los habitaba hasta en los sentimientos que se creen más nobles. Sólo quedaba esa noche opaca en la que oían clamar en sus entrañas a la bestia que se rehúsa a morir.

¡Con qué cadena los detenía la vida! ¡Y qué vida!

Pero también estaban las que sabían aceptar lo ineluctable con desprendimiento y serenidad. Conocía a varias, a menudo jovencitas como la colegiala de Reims que se moría de agotamiento en "Revier" y recitaba "El lago" o "La oración de Ifigenia": "para pasar el tiempo que queda y que, a ratos, se antoja muy largo"...

Cuanto más estaban desprendidas de la vida presente y más consentían frente a la muerte, más parecidas a sí mismas permanecía y más eran.

En Birkenau el individuo comenzaba a nacer en el momento en que podía saludar a su muerte.

Reparé en una mujer notable, empezando por su belleza.

Ese día, anotaban nuestras edades.

La regla era rejuvenecerse, porque el horno esperaba a las más débiles y a las mayores.

Dijo: "45 años."

Yo reclamaba: "Hubiera podido anunciar diez años menos."

Me contempló con sus hermosos ojos claros: "Es mi edad. ¡Qué más da! Ya sabe, 45 años es una mala edad."

Se rió: "¿De veras cree que ellos pueden cambiar algo?"

¡Su risa era tan ligera! Siempre la seguiré oyendo.

En efecto, "nada podían cambiar".

Toda esa sangrienta y grotesca maquinaria de gran guñol, en verdad, no podía cambiar nada.

*Sur Fraü Bäier.*

*El sinsentido*

Para la razón, el mal fue: absurdo; para el corazón: ignominioso; para el gusto; de una fealdad extrema; para la carne: dolor.

Es decir que no era nada en sí. Nada sino la obligación padecida por el hombre de permanecer en un orden: exterior, el del campo, interior, el suyo propio donde se descubría sojuzgado a insospechadas enfermedades físicas, síquicas, mentales, allí reveladas.

En fin, nada salvo lo que siempre es en todo su esplendor: el Sinsentido, la privación de Sentido, si por Sentido se entiende inteligencia-espíritu y dirección-vocación.

El infierno mirado como el Lugar donde el ser está definitivamente anclado en el Sinsentido.

Lily Lebovits, *Deportada*, Ed. VerdeHalago: México, 1999